

CAPÍTULO TERCERO
LA CONCAVIDAD AFROATLÁNTICA
COMO TRASFRONTERA IBEROAMERICANA

LA CONCAVIDAD AFROATLÁNTICA COMO TRASFRONTERA IBEROAMERICANA

Por Juan Batista González

Reflexión previa

El género humano ha determinado, en su afán de progreso, que el mar no es separación sino camino, y que, en consecuencia, los océanos existen (además de para hacer posible la vida en la Tierra) para establecer entre los pueblos contactos comerciales, intercambios culturales y pactos para defenderlos.

Tal axioma resulta indiscutible, y para ratificarlo ahí están, en los mapas temáticos, las rutas de transporte marítimas constituyendo una densa red de curvas sobre la cartesiana de los meridianos y paralelos.

Fundado en él, este trabajo pretende estudiar el Atlántico Sur como ámbito de relación entre las regiones que lo limitan. Desde luego, lo es naturalmente, pero hay que dilucidar su aprovechamiento en tal sentido por parte de sus naciones fronteras.

Utilizo este adjetivo correctamente y con plena intención: dice nuestro diccionario que “frontero” es “lo que está puesto y colocado enfrente”. Así que la América Atlántica Meridional es “frontera” con respecto a África Occidental Subsahariana. Mi matización al considerar a ambos espacios terrestres como recíprocas “trasfronteras” está inducida por consideraciones políticas y estratégicas: siendo “fronteros” desde los puntos de vista geográfico y semántico, no constituyen una “frontera”, término que define la línea de tangencia entre entidades nacionales y que, en este caso, el Atlántico eclipsa.

Sin olvidar insoslayables consideraciones sobre la orilla americana, mi análisis se centra en la africana, y para ello he tenido que definir dónde empieza ésta, dónde acaba y hasta dónde llega tierra adentro teniendo en cuenta, más que los trazados en los mapas políticos, la realidad biogeológica que les dota de una relativa unidad.

Así pues, he imaginado un paralelo desde el límite norte de Guinea-Bissau (país en el que la costa del continente negro inflexiona hacia el golfo de Guinea) hasta el lago

Chad, y a partir de ahí un meridiano hasta el cabo de Buena Esperanza. Los países que, totalmente o en parte, y hasta el litoral atlántico, están en ese espacio, serán objeto de este trabajo, y al conjunto de ellos considero “trasfrontera” del mundo americano que tienen enfrente.

En cuanto al Atlántico sur, me parece lógico considerar que empieza en la diagonal que une Bissau con la ciudad brasileña de Natal, y que materializa la mínima distancia entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Línea que une dos países de habla portuguesa y que la industria turística podría utilizar (y lo hará algún día) para relacionar a ambos continentes con los trasvases de sus clientelas plurinacionales (1). El límite meridional de ese espacio marítimo está determinado, naturalmente, por el paralelo 60° Sur, a partir del cual comienza, por convenio político entre los países signatarios del Tratado Antártico, el océano Austral, sustraído a todo interés de carácter estratégico.

Exploraré semejanzas y diferencias en busca de vínculos, reales o posibles, determinantes de redes de intereses que justifiquen la consideración del Atlántico Sur y de las regiones que lo enmarcan como un espacio estratégico para el desenvolvimiento de las relaciones entre ellas. Hay que tener en cuenta una evidencia previa: mientras las naciones del Atlántico norte han promovido el gran pacto estratégico materializado por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), un acuerdo semejante está inédito en el Atlántico Austral, de lo que parece inferirse que la correspondencia entre sus comunidades costeras adolece, cuando menos, de falta de dinamismo.

En efecto, la bibliografía que he podido consultar no permite establecer teorías en relación con tal asunto. En general, el estudio de este gran seno marítimo se disecciona en sentido longitudinal y los análisis se refieren a uno u otro de sus lados sin buscar el solape entre ambos. Existen, sí, tratados dedicados al examen de externas gravitaciones sobre ese inmenso arco marítimo-terrestre, pero no es este el

1 Hoy día no es un proyecto realizable: Guinea-Bissau es un país, como todos los del África occidental subsahariana, que adolece de una gran inestabilidad política; los conflictos civiles y los golpes de estado se suceden en esta antigua colonia portuguesa de forma que carece de la estabilidad social necesaria para que pueda acoger contingentes turísticos en las debidas condiciones de seguridad.

objetivo de mi investigación. Las lecturas a que he tenido acceso se refieren a las distintas parcelas de la región en la que mi atención se ha centrado y he tenido que hacer el esfuerzo de casar las piezas de un verdadero rompecabezas político-geográfico para poder obtener unas reflexiones de conjunto.

Una visión panorámica me ha permitido establecer unas convergencias y unas disimilitudes entre las franjas fronteras del golfo oceánico. He constatado que las últimas superan a las primeras problematizando la historia reciente (y también la de un futuro a medio plazo) de los países africanos del occidente subsahariano. He prestado atención a sus diferentes conflictos analizando sus componentes. Y, aun considerando las dificultades que consecuentes de sus tensiones internas se oponen a la proyección de sus intereses hacia el opuesto litoral del Atlántico, he querido tener en cuenta -tal vez con algún voluntarismo- la realidad de sus organizaciones regionales como bases de partida de una cohesión política y humana que algún día podrá favorecer aquéllas. No descubro nada nuevo si afirmo que Brasil (desde la costa americana) es la potencia capaz de dinamizarlas.

Veremos que la región africana objeto de nuestro estudio ha de recorrer un largo camino para ser, efectivamente, trasfrontera de la América que se la enfrenta. Y que el primer problema es que ese gran paso para las relaciones internacionales no figura todavía en la agenda de sus dirigentes.

Algunos paralelismos

Afinidades físicas y climáticas

La costa de la inflexión guineana de África y el litoral atlántico suramericano estuvieron soldados cuando ambos continentes formaban parte de la masa de Gondwana. Esto explica que a ambos lados del Atlántico Sur existan similitudes físicas materializadas, sobre todo, en el común sustrato precámbrico de sus orillas, que es base de suelos feraces y ricos en posibilidades mineras.

En el África suratlántica abundan los hidrocarburos y los minerales preciosos y estratégicos, al igual que en la costa frontera americana. Y el interior de ambos continentes, en la franja tórrida, se caracteriza por la continuidad de las selvas

húmedas intertropicales (con sus inmensas riquezas madereras), que con el bosque boreal constituyen el más extenso pulmón verde del planeta.

Estas afinidades físicas y climáticas han propiciado el intercambio de productos vegetales entre las dos riberas oceánicas, lo que ha tenido lugar durante los tiempos coloniales. Y dado que éstos se iniciaron primeramente en el Nuevo Mundo (con una ventaja de centurias: mientras la América virreinal tiene su origen en los umbrales del siglo XVI, el África colonial, con la excepción portuguesa, comienza en el siglo XIX), fueron los productos americanos los que cruzaron el Atlántico para suplementar los cultivos tradicionales africanos: el maíz, el cacahuete, la mandioca, la quina, el cacao, han arraigado con éxito en África Occidental. La mandioca es alimento básico de los habitantes de muchos países del continente negro y Costa de Marfil es el primer exportador mundial de cacao. (Precisamente, la caída de sus precios ha tenido mucho que ver con sus actuales problemas políticos).

La agricultura suramericana se ha reforzado poco con plantas de origen africano: el sorgo, empleado como alimento para el ganado es el que cabe destacar. En cuanto al café, producción muy propia de Suramérica, procede de los países índicos y no de África Occidental.

En relación con el sector económico relativo a las materias primas (agrícolas y mineras) los países situados a ambas orillas del Atlántico Sur resultan competidores, circunstancia que no invita al intercambio comercial y, en consecuencia, dificulta otros tipos de relación.

Por último, como afinidad física entre los dos litorales continentales que estamos analizando hay que considerar el seno marítimo que los baña y que atesora una riqueza piscícola común insuficientemente explotada por los países (africanos y americanos) con jurisdicción sobre estas aguas oceánicas. También es de resaltar el hecho de la densidad de su tráfico marítimo: dos diagonales (una, que dobla el cabo de Buena Esperanza hacia Europa y los principales puertos americanos; otra, desde Buenos Aires y Río de Janeiro con los mismos destinos) determinan una corriente comercial de gran intensidad, que resulta en cambio débil (prueba de un escaso intercambio de productos, consecuencia de la homogeneidad detectada en los que se integran en el primer sector económico y de la compartida insuficiencia en los

demás) al contemplar sus derivaciones interoceánicas. Las dos rutas señaladas invitan a una reflexión de carácter estratégico: una y otra materializan tránsitos de materias primas (petróleo de Oriente Medio, mercancías agropecuarias, capturas pesqueras) y de manufacturas (de origen japonés y australiano), determinando una arteria muy sensible del comercio mundial.

Las convergencias raciales

No sin fundamento, en algunos estudios geoestratégicos del país que con España comparte la península Ibérica se define al Atlántico Sur como “océano Moreno” (2). La denominación es efecto de que la raza negra está presente en las dos orillas de un pretendido *Mare Nostrum* de identidad lusitana. Es, evidentemente, un afortunado artificio geográfico al servicio de unos intereses culturales que pueden potenciar una acción internacional acordada por los países de habla portuguesa, quienes, en 1996 crearon la Comunidad de Países Lusófonos con el objetivo prioritario de proteger y promover su lengua común y que ha sido recordado por el presidente brasileño, *Lula da Silva* en su escala lisboeta durante su primera gira europea que le llevaría también a Londres y Madrid:

“Brasil y Portugal están comprometidos en un nuevo desafío, la construcción de un espacio común donde la identidad lingüística y cultural se convierta en una realidad política de la escena internacional” (3).

Efectivamente, hay una convergencia racial entre las poblaciones atlánticas del hemisferio sur, con alguna disimetría, ya que la América Meridional (esto es, Uruguay y Argentina) es de población predominantemente blanca.

La población negra del Nuevo Mundo tiene su origen en la trata de esclavos, negocio del que fue Portugal pionero y activo ejecutante durante varios siglos (desde finales del XV hasta la segunda mitad del XIX, cuando ya este comercio había sido denunciado y se luchaba por su definitiva abolición) y que traficantes afrobrasileños

2 Adriano Moreira.- *Atlántico Sul o Océano Moreno*. PORTUGAL, ESPAÑA Y AMERICA. PASADO Y PRESENTE DE UN PROYECTO. Actas de las V Jornadas de Estudios Luso-Españoles. Universidad a Distancia, Mérida, 1993. Pág.s 31 a 45.

3 Diario ABC, 11-7-03. Pág. 29.

asentados en la nigeriana “costa de los esclavos” prolongaron hasta los primeros años del siglo XX. Quiere esto decir que la conexión humana entre las regiones africanas austrooccidentales y las orientales de Brasil se ha mantenido desde un origen lejano hasta tiempos relativamente recientes, con todo lo que ello implica de aportes culturales transmitidos a través de muchas generaciones. Procede señalar, sin embargo, una muy importante diferencia entre las poblaciones negras de uno y otro lado del Atlántico: mientras en el americano (que se prolonga hasta Venezuela y el Caribe) se ha producido el mestizaje e integración de dicha población con el resto de razas que lo pueblan de forma que no existen en él problemas raciales con capacidad de influencia en las políticas nacionales, en el africano los enfrentamientos étnicos (y sus derivaciones religiosas) se han convertido en uno de los atributos esenciales de su identidad y en factor de su permanente anarquía.

El abandono del medio rural

Existe otro paralelismo entre las regiones americanas y africanas del Atlántico Sur, que se relaciona con la geografía urbana: hacia las grandes ciudades costeras ha afluído la población rural en un acelerado proceso emigratorio que ha combinado el abandono de la actividad agrícola con el ingreso de ingentes masas humanas en sectores económicos irregulares. El resultado de este “trasplante” es el surgimiento de barrios periféricos donde la delincuencia, la enfermedad, la desnutrición y la promiscuidad (la irregularidad sexual también alcanza a las familias) son componentes de la vida cotidiana.

Desde los ranchos caraqueños y las favelas brasileñas hasta las “villas miseria” de Buenos Aires, en la América Meridional este fenómeno se ha producido en las grandes ciudades. En África Occidental, en cambio, está más generalizado, de forma que prácticamente toda la costa, desde Conakri hasta Lagos, es una continuidad anárquica de frágiles habitáculos erigidos en zonas insalubres. En su viaje desde Costa de Marfil hasta Nigeria, Robert Kaplan, observando esta realidad, comenta que:

“El corredor litoral Lomé-Abiyán, y de hecho toda la franja costera que se extiende al este de Abiyán hacia Lagos, es una megalópolis creciente que, según todos los indicadores económicos y geográficos racionales debería

constituir una sola soberanía en vez de las cinco (Costa de Marfil, Ghana, Togo, Benín y Nigeria) en que se divide oficialmente” (4).

Este flujo emigratorio se combina con otro trasfronterizo, efecto de los desórdenes políticos que perturban a todos los países guineanos: según datos de 1994, hoy ampliamente superados, hay 280.000 refugiados sierraleoneses en Guinea Conakry- y otros 100.000 en Liberia; 400.000 liberianos en Sierra Leona, 600.000 en Guinea-Conakry y 250.000 en Costa de Marfil; y cantidades actualmente sin evaluar procedentes de este último país en los países limítrofes. Igualmente, dentro de ellos hay centenares de miles de desplazados por las guerras civiles. Si a este desorden poblacional añadimos el sostenido aumento de la natalidad, la alborotada geografía humana descrita por Kaplan resulta una realidad tan dramática como incuestionable.

El panorama no mejora en el sur africano: las continuas guerras intestinas de la República Democrática del Congo y de Angola han provocado la huida de numerosas masas de población hacia regiones menos conflictivas dentro y fuera de sus países.

El resultado, en todos los casos, es el mismo: antiguas áreas de explotación agrícola, productoras de riqueza nacional, han quedado baldías mientras las de acogida (con su carácter de provisionalidad aunque los refugiados lleven malviviendo décadas en ellas) son objeto de sobreexplotación local (especialmente forestal) para la supervivencia de millones de desarraigados. El medio ambiente es la víctima de esta situación de emergencia permanente. Y en estas regiones, biológicamente agresivas, la desertización artificial conlleva un aumento de las inundaciones, esterilización de los suelos y más mosquitos propagadores de la malaria, enfermedad que, con el sida, es la más grave amenaza de todo el arco atlántico africano.

Algunas diferencias

Los países americanos del Atlántico Sur han sufrido hasta tiempos muy recientes crisis institucionales que han provocado la alternancia de dictaduras militares con

4 Robert Kaplan.- LA ANARQUIA QUE VIENE. Barcelona, 2000. Pág. 30.

administraciones civiles. Actualmente sus regímenes son democráticos y no parece que, pese a ciertos escándalos de corrupción política y a sus problemas económicos (y en Argentina ambos fenómenos han sido especialmente graves), la intervención de las Fuerzas Armadas sea un futuro a tomar en consideración. Cabe pensar que la democracia formal que rige la vida de sus sociedades se consolidará hasta materializarse en un sistema verdaderamente participativo. Sus índices de desarrollo humano y su nivel cultural (netamente occidental) son aceptables, la maquinaria estatal, aunque con serias disfunciones, existe y funciona, la libertad de prensa es una realidad y la institución militar se ha sometido al poder civil y se orienta hacia cometidos verdaderamente profesionales. Esta situación no se da en la generalidad del continente africano, sobre todo en las naciones que se asoman al golfo de Guinea (Ghana, Namibia y Suráfrica son la excepción a esta regla), donde los rasgos característicos de la conflictividad se detectan con nitidez.

Principales rasgos de los conflictos

del África Occidental Subsahariana

EL COMPONENTE ECONÓMICO

La explotación y comercialización irregular de riquezas minerales subyace en la problemática de África Occidental y Central. Por otra parte, la mayoría de los países situados en la franja tropical africana padece una sobreexplotación forestal tolerada por gobiernos (que, en el mejor de los casos aspiran a acrecer las arcas del Estado y en el peor a engrosar las cuentas corrientes -naturalmente, en el extranjero- de sus altos funcionarios) y poblaciones rurales (que creen que con ello se incrementarán las superficies cultivables).

Estas actividades constituyen modos de agresión al ambiente y comunidades en que se aplican, que se alteran, se empobrecen, y a larga se ven dominados por facciones que se disputan mediante la acción armada, con afán monopolizador, el favor de quienes potencian las explotaciones clandestinas y abusivas. Los casos de Angola, Sierra Leona y la antigua república del Zaire, son elocuentes. Hay pues, un eje transversal de significación económica que caracteriza a la mayor parte de los conflictos que se producen en esta zona del planeta.

Ese eje transversal es, además, fantasmagórico, y se zafa, mediante mecanismos corruptores, de los controles legales para alcanzar los mercados. Diversas organizaciones -que cuentan con apoyos empresariales, naturalmente opacos- alientan este anormal (e inmoral) funcionamiento que les proporciona bajos costes de compra de materias primas y, consecuentemente, más altos beneficios en la venta de productos elaborados.

Esta dinámica se ha visto favorecida por la tendencia al partido único subsiguiente a la independencia, tendencia que se inició, precisamente, en el África Occidental Subsahariana (en la Ghana de Nkrumah) con respaldo soviético (5). Los dirigentes de los países recién emancipados entendieron que gobernarían mejor los mosaicos étnicos que los constituían mediante la creación de un aparato político al servicio de una sola ideología. El paso siguiente fue la derivación hacia un Estado parapolicial, la corrupción de la política oficial y la aparición de focos rebeldes que inmediatamente, para mantener la insurrección, participaron en el tráfico de riquezas clandestino. La consecuencia de este proceso (que en algunos países se ha prolongado durante décadas, como en Angola y Zaire) ha sido que para que las facciones enfrentadas (Estado y guerrillas) pudieran sobrevivir necesitaban armas, con lo que el tráfico de éstas se sumaba a las corrientes económicas irregulares.

El resultado, lógicamente, es caótico, y ha perdurado hasta hoy día: las fronteras se rompen, inmensas masas humanas las traspasan en busca de refugio, quedan abandonadas las tierras que cultivaban y la enfermedad y el hambre se ciernen sobre los desarraigados. Esta es la situación de la franja que va de Guinea-Conakry hasta Costa de Marfil, y también la del corazón de África, con implicación de siete países, Angola y la República Democrática del Congo entre ellos.

LA "REGULARIZACIÓN" DE LOS ACTORES IRREGULARES

Este problema es propio de todo conflicto civil, y se produce, naturalmente, en cuantos se desarrollan en África Occidental. Dado que en todo intento pacificador de una confrontación interna se da por sentado que a la mesa de negociaciones han de acudir en régimen de igualdad los representantes del Estado agredido y los de la

5 Roland Oliver y Anthony Atmore.- AFRICA DESDE 1800. Madrid, 1997. Pág. 291.

fuerza insurgente que se le opone, uno y otra tratan de mejorar su posición estratégica mediante dominios territoriales que precisan del apoyo (activo o pasivo) de sus residentes. Ésta es otra causa de despoblación hacia zonas no afectadas por la guerra.

Si se tiene en cuenta que los conflictos armados internos llevan asolando a los países de África Occidental casi desde su independencia, se llega a la conclusión de que en los movimientos insurgentes tiene que haber relevos generacionales. En efecto, así es: muchos de los huérfanos causados por la enfermedad o la guerra son incorporados por aquéllos para mantener o incrementar sus contingentes. La consecuencia es que gran parte de los combatientes irregulares de estos países, reclutados en edad infantil, no conocen otro medio de vida que el pillaje, lo que, prácticamente, les incapacita para una posible integración social.

En relación con este ambiente humano, Kaplan lanza una reflexión preocupante:

“Una gran cantidad de gente, para la que el confort y la estabilidad de la vida de la clase media son sumamente desconocidos, consideran la guerra y la vida cuartelaria como un paso adelante en vez de un paso atrás (...) Luchar es en muchos aspectos, no un medio sino un fin” (6).

O lo que es lo mismo: un modo de existir, de realizarse personalmente.

La insurgencia, así alimentada, combina su presencia en “regiones liberadas” con los tráficos económicos clandestinos buscando la eternización del conflicto, con lo que acaba por adquirir derechos de representatividad en cualquier iniciativa encaminada al logro de la paz.

Esta “regularización” dificulta los procesos para conseguir un acuerdo entre los litigantes de un conflicto interno, pues los rebeldes, al disponer de presencia territorial y recursos económicos, cuentan con la seguridad de poder prolongarlos hasta que sean aceptadas sus condiciones, que incluyen, intransigentemente, las ventajas obtenidas.

6 Robert Kaplan.- Op. cit. Pág. 51.

LA “IRREGULARIZACIÓN” DE LA FUERZA REGULAR

Existen innumerables situaciones en muy diversos escenarios que se resuelven en el apartamiento de las fuerzas regulares de sus misiones al servicio de la ciudadanía: seleccionada su gente sin procedimientos reglamentados y sin criterios morales (muchas veces mediante levass sorprendivas), ubicadas en zonas apartadas e incomunicadas, infradotadas e impagadas, enfrentadas a climas insalubres e inmersas en luchas sin aparente objetivo, abandonadas, en suma, por el Estado, o se inhiben de sus cometidos o sus jefes se convierten en señores de la guerra que de todos sospechan, a todos persiguen y coaccionan y que, con la fuerza de las armas, atentan contra los derechos humanos rivalizando en estas actividades criminales con los rebeldes a los que combaten. Consecuencia: cogidas entre dos fuegos, las poblaciones se ven afectadas por una conflagración en la que ningún bando las protege y a las que aportan el mayor número de bajas.

Kaplan observa este “extrañamiento” de las fuerzas regulares en Sierra Leona cuando comenta que su Gobierno “no tiene autoridad después de anochecer” (7), y esto en la capital. Fuera de dicho núcleo urbano es su Ejército, zafado de la dependencia del Estado el que impone su ley. Para dicho autor, en Costa de Marfil el problema cobra otra dimensión: dado que casi la mitad de su población es foránea (atraída por la explotación del cacao):

“Y como quiera que sus efectivos militares son limitados y la población no marfileña numerosa, no existe una fuerza patente que mantenga el orden ni un sentimiento nacionalista que disminuiría la necesidad de esa imposición” (8).

La tendencia al partido único característica del África recién independizada generó un creciente aislamiento de sus dirigentes políticos, quienes se rodearon de una suerte de guardia pretoriana interpuesta entre ellos y las fuerzas regulares, de las que desconfiaban. Esta situación provocó la autonomía de dichas fuerzas con respecto al poder al que en principio estaban subordinadas. Tal autonomía conducía

7 Robert Kaplan.- Op. cit. Pág. 18.

8 Robert Kaplan.- Op. cit. Pág.,. 26.

inevitablemente a su “irregularización”, que tenía dos componentes conducentes al conflicto civil: por un lado la actitud de unas tropas reclutadas, por desatención estatal, entre los segmentos sociales más marginados; por otro, unos cuadros de mando cada vez más apartados del aparato administrativo del Estado. La dotación de estas fuerzas, frecuentemente se ha venido realizando por métodos clandestinos y sus capacidades operativas terminan por volverse contra los gobiernos, a los que consideran deslegitimados para el ejercicio del poder. En el África Occidental guineana esta dinámica se ha convertido en ciclo recurrente: Liberia, Costa de Marfil, Sierra Leona, Guinea-Conakry y hasta Santo Tomé y Príncipe lo vienen padeciendo. Nigeria es un paradigma de esta sucesión de golpes y contragolpes de estado hasta que en abril del año 2003 y tras décadas de inestabilidad política se celebraron (después de un cuatrienio democrático durante el cual, no obstante, ha habido más de 10.000 muertos por enfrentamientos étnicos, religiosos e ideológicos) elecciones presidenciales a las que concurren un candidato cristiano y otro musulmán radical. Son las primeras en las que se prevé la continuación de un régimen civil, si bien los dos aspirantes son generales y uno de ellos un antiguo golpista. Las dos candidaturas, enfrentadas religiosamente, auguran que seguirá la violencia sea cual sea el resultado.

LA PROBLEMÁTICA ÉTNICA Y RELIGIOSA

En las naciones subsaharianas se produce con intensa virulencia este fenómeno perturbador de la paz social, fundamentado en el fanatismo y consecuencia en muchos casos de un trazado de fronteras -heredadas del pasado colonial y sancionado por la Organización para la Unidad Africana (OUA)- que ha dejado dentro de ellas a comunidades que nunca habían convivido pacíficamente. Políticas neocolonialistas han inducido el agravamiento de estas situaciones que se concretan, normalmente, en el choque de una mayoría represora contra una minoría irredenta la cual se defiende mediante el recurso a la lucha irregular. El tráfico ilegal de armas y, frecuentemente, las aspiraciones a la explotación monopolística de la riqueza de una región, alimentan el conflicto, que, político y económico en el fondo, sacraliza sus componentes étnicos y religiosos extremando la crueldad con que se comportan sus protagonistas. En todo el arco guineano se produce este problema: Nigeria, con sus ya endémicos enfrentamientos entre cristianos y musulmanes radicales, Guinea Ecuatorial con el predominio dictatorial de los fangs sobre los

bubis y Liberia donde es perenne la lucha entre sus cuatro tribus son ejemplos de esta situación de conflictividad permanente y de muy difícil solución.

EL DÉFICIT DE ESTADO

Las corrientes económicas autónomas que burlan los controles públicos (potenciadas, a menudo, por las propias autoridades políticas), el reconocimiento al que acceden las fuerzas que combaten al poder establecido, la pérdida de legitimidad de los ejércitos regulares y los enfrentamientos entre etnias y facciones religiosas son circunstancias que terminan por convertir en invisible al Estado. Todas y cada una de ellas caracterizan las diversas crisis que se producen en el África Occidental Subsahariana, y consecuentemente, en muchos de sus países el Estado, literalmente, se ha diluido.

Los efectos de tal debilitamiento son muy diversos, nocivos todos ellos y de muy difícil reversibilidad. El enquistamiento del poder ejecutivo (y más concretamente, de su principal representante, como son los casos de Nkrumah en Ghana, Mobutu en Zaire o Macías en Guinea Ecuatorial) en un reducto físico o social es uno de los más característicos. Resultante de la estrategia política demandada por la implantación del monopartidismo populista, en esta región africana, desde el comienzo de los tiempos postcoloniales, los sucesivos gobiernos han venido fomentando la superpoblación metropolitana a costa del despoblamiento del ámbito rural. La incitación a este éxodo tenía una finalidad: el control de las crecientes masas urbanas a través del adoctrinamiento y una oferta de servicios que con el paso de los años se ha ido deteriorando. Los habitantes que quedaban en las tierras interiores, carentes de conexión con la periferia costera, han reanudado sus querellas tribales o, descontentos con su abandono, han originado focos guerrilleros para asaltar el poder. Mientras aumentaba la criminalidad en las ciudades, el interior se convertía en dominio de los señores de la guerra entre los que se contaban los mandos del Ejército, irritados contra la autoridad de la que dependían. De este modo el poder presidencial quedaba cada vez más confinado en el espacio desde el que ejercía -o, más bien, debería ejercer- sus funciones directivas, condenado a confiar su seguridad a una guardia mercenaria e inducido a participar (en pugna con los actores insurgentes) en la explotación ilegal de las riquezas del país.

África Occidental es un prototipo de estas situaciones que degeneran en el desamparo de la población, cuyo efecto inmediato es el desplazamiento forzado (intrafronterizo o extrafronterizo) desde las zonas más críticas, con los correspondientes daños medioambientales, tanto debido al abandono de éstas como a la superpoblación de las de acogida, que, carentes de los mínimos servicios e infraurbanizadas por el aluvión humano, se convierten en focos de enfermedad y delincuencia.

La conflictividad en África Occidental Subsahariana

El confuso mosaico zaireño

Desde el mismo momento de su independencia, el antiguo Congo Belga vive en un estado de perenne conflictividad, caracterizado por los enfrentamientos entre diversos grupos étnicos, la injerencia bélica de los países vecinos y la intervención más o menos clara de potencias externas, que persiguen un doble objetivo: lograr en la región una presencia política preponderante y explotar con los mínimos costes las inmensas riquezas mineras congoleñas.

En el año 1965 Mobutu se hizo con el poder, implantando una dictadura que se prolongó hasta su derrocamiento por Laurent Kabila en 1997. La guerra civil ruandesa (1994) constituyó el inicio de este cruento cambio político con perjuicio para los intereses de Francia (que apoyaba a Mobutu) y beneficio de los de Uganda, Ruanda (que ocuparon regiones congoleñas al noreste y este del país, respectivamente) y Estados Unidos.

La paz impuesta por Kabila fue efímera. En 1998 se reactivó la guerra civil provocando hasta el momento más de 50.000 muertos y centenares de miles de refugiados y desplazados. Entre los primeros se encuentra el propio Laurent Kabila, asesinado en 2001 y sustituido por su hijo Joseph, actual presidente de la República Democrática del Congo, nombre que tomó la nación tras la caída de Mobutu.

El panorama congoleño es extraordinariamente confuso: dos milicias rebeldes, el Movimiento de Liberación Congoleño (MLC) y la Reagrupación Congoleña para la Democracia (RCD) pugnan por ganar posiciones en las infructuosas mesas de negociación, enfrentándose ambas a unas fuerzas regulares cimarronas cuya

dependencia del Gobierno central es cada vez más débil (9). Tras estos actores bélicos juegan su papel diversas estrategias regionales: Uganda apoya al MLC; Ruanda al RDC; y Angola (con su propio conflicto interno a cuestas), Zimbaue, Namibia y Chad al poder político de Kinshasa. Por su parte, miles de refugiados procedentes del sur de Sudán que huyen de la represión del gobierno de Khartum han traspasado la frontera entre ambos países y Burundi combate a sus insurgentes hutus empujándoles hacia territorio congoleño. A este complejo cuadro hay que añadir la reciente escisión del RCD en tres grupos: el llamado RCD-Nacional, que se ha aproximado al MLC y que cuenta con apoyo ugandés; el RCD-Movimiento de Liberación y un RCD residual que sigue contando con apoyo ruandés. Según las cambiantes circunstancias y la zona de acción, estas facciones se alían o combaten entre sí.

También existe el componente étnico en el conflicto congoleño: los tutsis bayanbulengues de Uvira (en el noreste del país) afectos a Kabila combaten a los rebeldes residuales del RCD; en la misma región, los mai-mai se alzaron contra Kabila, a quien apoyaron en el derrocamiento de Mobutu; los hutus interahamwe luchan contra los tutsis, sus eternos enemigos; y los clanes hena y lenda mantienen una secular disputa (agricultores contra pastores) de carácter tradicional africano.

En resumen, la guerra del Congo contiene todos los ingredientes de la conflictividad que anteriormente hemos analizado, desvertebrando a una nación que amenaza con dividirse en zonas de influencia de los vecinos que alimentan el conflicto, propiamente llamado “primera guerra mundial africana”.

No falta, naturalmente, en esta situación de violencia regional, el trasfondo económico: las maderas preciosas de la selva tropical, las minas de zinc, cobalto, estaño, cobre, oro y diamantes más el petróleo de la plataforma continental hacen de la RDC una región apetecible para los explotadores clandestinos, entre los que se cuentan los actores de la contienda. El descubrimiento de yacimientos de “coltán” (compuesto de columbita y tantalita, minerales aplicables a las altas tecnologías) ha venido a intensificar las motivaciones económicas del conflicto y el empobrecimiento

9 Javier Reverte expone esta situación en su libro VAGABUNDO EN AFRICA, Grupo Santillana de Ediciones, S.A, Madrid, 1998. Pág.s 379 a 452.

de un país (la RDC ocupaba el lugar 155 en un listado de 173 países elaborado por Naciones Unidas mediante oscuros aprovechamientos de sus riquezas (10).

Hasta el momento, los intentos de la comunidad internacional para concretar y mantener un clima de apaciguamiento entre las heterogéneas facciones combatientes han resultado infructuosas, no porque no hayan producido acuerdos, sino porque (lo que es peor) nunca se han cumplido. Tras la cumbre de Victoria Falls (Zimbabue), auspiciada por la OUA, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (agosto, 1998) dictaminó que el conflicto congoleño constituía una seria amenaza para la paz y la seguridad regionales. Enfatizó la necesidad de que los Estados circundantes se abstuvieran de interferir en los asuntos internos de la RDC e hizo una llamada a la reconciliación nacional. Esta toma de posición, refrendada por el secretario general, condujo al acuerdo de 10 de julio de 1999 (Lusaka y Zambia), por el que la República Democrática del Congo, Angola, Namibia, Uganda y Zimbabue firmaron un alto el fuego al que se incorporó el MLC.

Aceptado con reticencias por los signatarios y rechazado por los no asistentes a la cumbre, el secretario general de Naciones Unidas, aprovechando la adhesión a última hora del RCD al alto el fuego recomendó el despliegue de observadores militares en las capitales de los Estados firmantes y en la sede de la Comisión Militar Mixta creada por éstos para el seguimiento del compromiso alcanzado. Esta recomendación tuvo acogida favorable en la resolución 1258 (de 6 de agosto de 1999) del Consejo de Seguridad, que viene a constituirse en acta fundacional de la Misión de Observadores de las Naciones Unidas para la República Democrática del Congo (MONUC), actualmente vigente. De 90 efectivos iniciales, por resolución 1291 de 24 de febrero de 2000 pasó a 5.537 (sin incluir el personal civil de apoyo en asuntos de derechos humanos, ayuda humanitaria, información pública, protección infantil, formación política, sanidad y administración). Entre los países contribuyentes a la misión y con representación militar en ella figuran algunos del arco guineano: Burkina Faso, Camerún, Costa de Marfil, Ghana, Guinea-Conakry, Nigeria y Suráfrica, nación esta última que desde la abolición del *apartheid* ha demostrado interés especial por la gestión y solución de los problemas africanos. La última reunión con el objetivo de la pacificación del Congo tuvo lugar, precisamente, en la capital surafricana, Pretoria, en el 2002. Hay que significar que España es país contribuyente al MONUC con observadores en la región. Y que cuatro países del

Atlántico Meridional americano -Argentina, Bolivia (10), Paraguay (11) y Uruguay- también lo son.

La problemática congoleña, con tantas tensiones internas e injerencias externas, amenaza con resolverse en la balcanización de la región, lo que podría afectar gravemente al conjunto de naciones del África Subsahariana. Por el momento, el único éxito de las negociaciones de paz es la creciente implicación internacional en ellas, como respuesta a las resoluciones de Naciones Unidas. Contribuyen 42 países con personal militar y policía al proceso de pacificación o aportan expertos para atender determinadas especialidades críticas.

Suráfrica se ha mostrado especialmente activa en promover el “diálogo intercongoleño”, fórmula que adquirió carta de naturaleza en 2002 tras el acuerdo de Sun City, complementado con el firmado en Pretoria en ese mismo año. Dichos acuerdos establecían un gobierno presidido por Joseph Kabila con cuatro vicepresidentes que representarían a los principales actores del conflicto. El gobierno de transición así constituido habría de permitir la redacción y promulgación de un nuevo texto constitucional y la celebración de elecciones en dos años. Dentro de ese plazo nos encontramos ahora, sin que haya visos de que los planes previstos vayan a cumplirse.

Liberia o la violencia perpetua

Fundada en el año 1822 como zona de acogida de esclavos emancipados procedentes de Estados Unidos, reconocieron éstos, tras un corto periodo de tutelaje, su independencia en 1862, justamente cuando las potencias de Europa iniciaban la conquista de África. Liberia es, en consecuencia, la primera república independiente del continente negro y el único país africano que no fue objeto de las políticas imperialistas europeas.

10 Bolivia es un país interior, pero su vocación de salida al mar se vio satisfecha cuando logró acondicionar Puerto Suárez, en el río Paraguay, que la conectó con el estuario de La Plata.

11 También Paraguay es un país mediterráneo, pero, ubicado en plena cuenca del Paraná, tiene una excelente comunicación con el Atlántico.

Pero las últimas décadas de la historia liberiana han estado marcadas por la violencia. Golpes y contragolpes de Estado sancionados por elecciones fraudulentas han caracterizado su andadura política. Liberia es un país rico en caucho, oro y diamantes, productos que, a través del tráfico ilegal, han mantenido económicamente una situación de violencia generalizada que dura ya más de 20 años y a la que se han agregado los componentes clásicos de los conflictos africanos: luchas interétnicas, facciones armadas irregulares, ejército zafado de la dependencia del poder central, injerencias externas y corrupción administrativa.

En el año 1980 Samuel K. Doe se hizo con el poder político tras un golpe de Estado al que siguió un gobierno dictatorial que fue refrendado en unas elecciones de dudosa legalidad celebradas cinco años después. En el año 1989 estalló la guerra civil cuando el Frente Patriótico Nacional para la Liberación de Liberia se alzó en armas contra el gobierno de Doe. Sus líderes eran Charles Taylor y Prince Johnson. Desde el primer momento la pugna entre etnias estuvo presente en el conflicto, brutalmente desarrollado: los dirigentes que capitaneaban la rebelión eran apoyados por las tribus gio y mano, mientras los clanes krahnh y mandingo apoyaban al presidente. Pronto, las rivalidades tribales se sobrepusieron a las políticas: Jonson se separó de Taylor creando su propia banda guerrillera, que asesinó a Doe en 1990. Los seguidores de éste originaron el grupo ULIMO (*United Liberation Movement of Liberia for Democracy*) que a su vez se escindió en dos por el enfrentamiento entre mandingos y krahns.

Todos los grupos liberianos combatientes recurrieron al reclutamiento infantil para nutrir sus contingentes. La población no implicada en el conflicto, presionada por aquéllos, se vio obligada al desplazamiento o al exilio: casi la tercera parte de la población liberiana ha sido forzada por la guerra al abandono de sus lugares de trabajo y residencia.

Como consecuencia de la caótica situación en el país, en 1999 Naciones Unidas estableció una misión observadora (UNOMIL), la cual, tras laboriosas negociaciones que se prolongaron durante tres años logró el acuerdo de Abuja (Nigeria) firmado por los líderes que se disputaban el poder, quienes se integraron en un gobierno de transición, pactaron un alto el fuego y el desarme de sus elementos armados y aceptaron la convocatoria de elecciones. Pero algunos grupos rebeldes se

desvincularon del compromiso y continuaron actuando desde Sierra Leona y Guinea-Conakry apoyados por el Frente Revolucionario Unido (FRU) sierraleonés y rebeldes guineanos. Uno de estos grupos fue el de Charles Taylor, quien intervino en la guerra civil de Sierra Leona y participó en el tráfico ilegal de diamantes de este país, razón por la cual fue objeto (una vez conquistado el poder en Liberia) de sanciones impuestas por la Organización de Naciones Unidas (ONU) que se han mantenido hasta su reciente derrocamiento (12).

Según informes de organizaciones y agencias internacionales tanto públicas como privadas, la última fase de la guerra civil liberiana ha integrado, en una verdadera orgía de sangre, todas las prácticas criminales propias de una situación de violencia generalizada: el reclutamiento de niños (tristemente famosos se hicieron los “gatillos felices” del grupo de Taylor), la persecución de los no combatientes, el odio étnico, la irregularización del Ejército (mandos y tropas, ante el impago de sus soldadas, decidieron “cobrarlas por su cuenta”, en dinero o en especie, a la sufrida población civil), las corrientes económicas (oro y diamantes) clandestinas, han sido, todos, ingredientes del enfrentamiento interno liberiano.

A mediados del 2000 surgió el grupo Liberianos Unidos para la Reconciliación y la Democracia (LURD), que ha combatido con las armas al régimen de Taylor y que como último objetivo pretende juzgarlo ante un tribunal internacional por crímenes de lesa humanidad. Este grupo ha conseguido el aislamiento del presidente forzando su dimisión el 11 del pasado mes de agosto. Pocos días antes, entró en la capital asolada por las matanzas y la carencia de casi toda una unidad de 775 efectivos procedentes de Nigeria bajo mandato de la Comunidad Económica de Estados del África del Oeste. A este primer contingente, alborozadamente recibido por la población monroviense, se sumarán otros hasta constituir una fuerza de 3.500 soldados. El asunto “Liberia” será tratado a finales de agosto en Naciones Unidas, organización que, seguramente, enviará una fuerza de paz multinacional al país africano.

12 http://elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/liberia.html

Pese a la dimisión y exilio de Taylor (en Nigeria, lo que ha provocado protestas en este país), la tensión continúa en Liberia. Relevado provisionalmente por su vicepresidente, Moses Blah, hasta octubre no será designado un presidente interino, fecha muy tardía para un escenario donde la situación puede experimentar grandes cambios de un día para otro. Entretanto, fuentes gubernamentales (ligadas por lo tanto al presidente depuesto) han informado que fuerzas leales a Taylor podrían no deponer las armas y seguir luchando contra la nueva administración liberiana. El propio Taylor, tras su deposición, ha dicho que volverá a Monrovia. Por su parte, dirigentes de la rebelión no terminan de aceptar la nueva coyuntura política. Este conjunto de actitudes no permite hacer un pronóstico optimista sobre el futuro inmediato de Liberia (de hecho, nuevas matanzas han tenido lugar en la región oriental del país) pese al aval prestado por los presidentes de Ghana y Suráfrica, presentes en la ceremonia de renuncia de Taylor.

Detrás de este clima de confusión están Estados Unidos, potencia muy ligada a la historia liberiana y a la que Taylor ha acusado de apoyar a las guerrillas que lo han combatido, si bien también ha requerido su ayuda para la reconstrucción y reconciliación nacional, proceso este último dificultoso por las secuelas (crímenes, violaciones, emigraciones masivas) de una guerra compleja y prolongada que todavía no ha terminado.

Guinea Ecuatorial o la constante incertidumbre

La única colonia española en África Ecuatorial logró la independencia en 1968. El partido oficialista perdió las elecciones convocadas, que ganó el liderado por Francisco Macías Nguema, con lo que la etnia fang (continental) se convirtió en directora de la política del país. Comentan Oliver y Atmore que Macías:

<Durante once terribles años hasta que fue detenido y ejecutado por sus propios soldados en 1979 implantó una férrea dictadura a lo largo de la cual él y sus partidarios aterrorizaron a la antaño próspera isla de Fernando Poo (hoy llamada Bioko) hasta el extremo de hacer irreconocible toda vida civil normal (13).>

La orientación política del régimen fue de carácter tercermundista (buscó la tutela de China y de la Unión Soviética) arruinando en pocos años las posibilidades de un país que en el momento de su emancipación era la segunda economía más pujante (detrás de Suráfrica) del continente africano.

Teodoro Obiang Nguema, sobrino del presidente derrocado, detenta el poder en Guinea Ecuatorial desde hace 24 años. En su trayectoria política, que ha recorrido con singular astucia, cabe consignar como hecho positivo la orientación hacia una mayor relación con las potencias occidentales. Recuperó la conexión con la antigua metrópolis, que su antecesor había interrumpido tras una persecución que obligó a todos los españoles residentes en Guinea (misioneros incluidos) a abandonar la antigua colonia, y abrió la economía hacia fórmulas de mayor liberalismo. Pero las fricciones interétnicas (fangs continentales contra bubis insulares) siguieron intactas. Por otra parte, la desconfianza oficial hacia ciertas instituciones (Prensa, Iglesia y Ejército) aunque con efectos generalmente incruentos continuó siendo una de las características del nuevo régimen guineano.

El sistema político impuesto por Obiang Nguema no es en absoluto democrático, si bien libra un juego con una oposición más o menos tolerada en función de las circunstancias que en cada momento puedan influir en las relaciones exteriores. En esta dinámica de vaivén los opositores al dirigente guineano entran y salen de la cárcel según le convenga a éste mostrar una imagen de energía o de longanimidad. Dotado de indudable instinto político, su gran baza ante la población guineana y ante la opinión internacional es (según Ricardo Benjumea) que:

<Todo tiempo pasado fue peor (lo cual es cierto) y que en los países vecinos las cosas no andan mejor (14) (lo cual también es cierto).>

En su política de estado oscila, no sin habilidad, entre Francia (mediante el ingreso en la organización francófona de su entorno y la adopción del franco CFA como moneda), España (fomentando sus celos como antigua potencia administradora con la alternancia de crisis diplomáticas y periodos de mejor entendimiento y

14 Ricardo Benjumea.- ABC, Alfa y Omega (separata, 10-7-2003). *Paradojas del subdesarrollo*. Pág.6.

colaboración) y Estados Unidos (ofreciendo cooperación en el marco regional e importantes concesiones de explotación de recursos). Y ciertamente, las tres potencias admiten su juego sosteniendo a un régimen muy criticado por observadores imparciales.

Las riquezas de Guinea Ecuatorial (madera, cacao, y recientemente petróleo), según cualificadas denuncias no se aplican en beneficio de sus ciudadanos. En diciembre de 2000 el representante especial de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas informaba que:

“La bonanza económica excepcional que disfruta el país no se ha traducido en un mejoramiento de los derechos económicos, sociales y culturales de la población, que, en más de un 65% vive en condiciones de extrema pobreza, con negación de los derechos elementales a la educación y a la salud. El mismo comisionado añade que la sociedad en su conjunto, que padece problemas de discriminación entre las diferentes etnias, está sometida a una presencia constante de las fuerzas militares, que limitan el derecho a la circulación por el país y que actúan como jueces penales en relación con los civiles (15), y también que todo ello se produce en medio de una impunidad generalizada para las violaciones de derechos humanos, garantizada por la ausencia (de independencia) del poder judicial respecto al poder ejecutivo” (16).

El cuadro descrito por la autoridad diplomática no resulta en absoluto halagüeño. Por ello, estas disfunciones políticas, económicas y administrativas están haciendo reflexionar a diversas organizaciones humanitarias sobre la conveniencia de suspender sus programas de ayuda a este país africano. Médicos sin Fronteras ya lo ha hecho.

15 Un ejemplo reciente: la muerte de una cooperante española (1-7-2003) por disparos hechos por una patrulla militar contra el autobús en que viajaba. En virtud de las relaciones hispanoguineanas (en estos tiempos cordiales), el soldado que realizó los disparos ha sido juzgado y está pendiente de una severa condena de prisión (30 años) y de la obligación del pago a la familia de la víctima de 45.000 euros en concepto de indemnización por responsabilidad civil.

16 Ricardo Benjumea.- Op. cit. Pág. 7.

El petróleo (500.000 barriles diarios de producción) ha contribuido a asentar el régimen guineano ante sus potencias tutoras. Concesiones de explotación a empresas norteamericanas, francesas y españolas han propiciado acuerdos bilaterales fortalecedores del régimen de Obiang. Por lo que respecta a España, ése fue uno de los motivos para el acuerdo hispanoguineano que, tras seis años de suspensión de la colaboración entre ambos países, se firmó a finales de 1999:

“Sin que en él se incluyera -según denuncia Ricardo Benjumea- ninguna cláusula democrática” (17).

Después, como demostración de la amistad recuperada, Teodoro Obiang acudió al II Congreso Internacional de la Lengua Española que se celebró en Valladolid en octubre de 2001. (Para España esa presencia era importante, dada la cooficialidad del francés –hablado solamente por el 0,2% del país africano- con el español decretada por el mandatario guineano).

El régimen personalista de Guinea Ecuatorial, con sus avales occidentales, unas instituciones como Iglesia y Prensa controladas (España suprimió, en aras del nuevo acercamiento, la emisión diaria de Radio Exterior para este país de habla hispana), un Ejército adicto cuyos cuadros vuelven a formarse en la antigua metrópolis y una oposición semitolerada, parece sostenerse con firmeza sin que se aprecien signos sólidos que puedan propiciar una situación semejante a la que precedió a la caída de Macías.

¿Podrá el sistema político ecuatoguineano evolucionar hacia una democracia efectiva? En las actuales circunstancias no es fácil: el poder (siguiendo la tendencia continental) está personificado, la población no goza de los servicios que pueden conducirla hacia la elección de una eventual opción electoral y su estado económico impide la existencia de unas clases medias susceptibles de sostener un régimen de apertura ideológica. Y, sin embargo, Guinea Ecuatorial, sin algunos de los graves problemas que acosan a sus vecinos (masificación urbana, emigración forzosa, enfrentamientos armados internos) podría emprender el camino hacia la democratización. Para ello, debiera su régimen ser inducido a ello, acción que

17 Ricardo Benjumea.- Op. cit. Pág. 7.

precisa de la coordinación entre las potencias que hoy se disputan sus favores. A España, en consecuencia, le afecta esa responsabilidad.

Sierra Leona o la rebelión total

Sierra Leona alcanzó la independencia en 1961, dentro del proceso emancipador de las colonias de África Occidental. País pequeño, con una única (y codiciada) riqueza -los diamantes- se vio afectado por las guerras civiles de sus vecinos, que han provocado el éxodo de más de 300.000 sierraleoneses y el tráfico ilegal de diamantes por parte de los señores de la guerra, propios y ajenos.

En los años ochenta nació en Sierra Leona el FRU, que inició una oposición violenta contra el Gobierno, la cual se transformó en guerra civil abierta (marzo de 1991) cuando los revolucionarios ocuparon la región oriental del país y pretendieron el derrocamiento del presidente. El Ejército nacional, con la ayuda del Grupo de Observadores Militares (ECOMOG) de la Comunidad de Estados de África Occidental (CEDEAO), defendió inicialmente al gobierno, pero al año siguiente lo derrocó. Se iniciaba así la intervención militar en la política del país africano.

Imaginaban los mandos del Ejército que el golpe de Estado contribuiría a que los guerrilleros del FRU depusieran las armas, pero no fue así: la revolución armada continuó, por lo que la junta militar aceptó la mediación de una representación de Naciones Unidas que fue designada en febrero de 1995. La Comisión Internacional desarrolló sus trabajos en colaboración con la OUA y con la CEDEAO para concretar un acuerdo entre las partes enfrentadas y restablecer una administración civil en el país. Las negociaciones dieron lugar a elecciones parlamentarias y presidenciales, que ganó el doctor Ahmed Tejan Kabbah. Pero en el último momento el FRU decidió no tomar parte en los comicios e impugnó sus resultados, con lo que el conflicto continuó. El país volvía a la misma situación que en 1991.

La representación de Naciones Unidas reinició las negociaciones. Como siempre, en estas coyunturas ya enquistadas, los rebeldes eran reconocidos como parte en las conversaciones, que, celebradas en Abidján (Costa de Marfil) concluyeron en un acuerdo entre el Gobierno y el FRU. Pero el Ejército, que se había convertido en facción autónoma y resolutiva dentro del conflicto, no lo respetó, y en connivencia con el FRU dio un nuevo golpe de estado en mayo de 1997. Mientras entre el poder

militar y el FRU se creaba una junta de gobierno, la administración del presidente Kabbah se exilió en la vecina Guinea-Conakry.

Ante la situación, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas resolvió la imposición de un embargo de armas y petróleo a la República de Sierra Leona (8 de octubre de 1997) y autorizó a la CEDEAO a supervisar el cumplimiento de estas medidas con apoyo de las fuerzas del ECOMOG.

Esta determinación animó la concertación de negociaciones arbitradas por la CEDEAO en Conakry y en las que se reunieron representantes de la junta sierraleonesa (es decir, los militares insurrectos más los rebeldes del FRU) y del gobierno depuesto, internacionalmente reconocido y exiliado en la capital guineana. Culminaron en un acuerdo de paz que por fin firmaban todos los participantes en el conflicto. Dicho acuerdo establecía el cese de hostilidades supervisado por ECOMOG con eventual apoyo de observadores de Naciones Unidas y el retorno a Freetown del gobierno de Kaddah. Este, el 6 de noviembre de 1997, emitió un comunicado aceptando el acuerdo y proclamando la disposición de su gobierno a colaborar con las entidades internacionales que lo propiciaron. Pero aunque la Junta Ejército-FRU hizo pública su adhesión a lo pactado, a la hora de su aplicación desestimó sus principales disposiciones, lo que provocó su congelación.

El poder en Sierra Leona siguió detentado por la junta y el gobierno legítimo continuó su exilio en Conakry. Por su parte, las fuerzas del ECOMOG, en cumplimiento de la misión conferida por Naciones Unidas, permanecía en Freetown vigilando una paz precaria y siendo objeto de ataques llevados a cabo por las milicias de la Junta, protagonistas, por otro lado, de atentados contra los derechos humanos y partícipes, para el mantenimiento de armas y hombres y en complicidad con el insurgente liberiano Charles Taylor, del tráfico ilegal de la riqueza del país.

La situación pronto requirió la imposición de la paz mediante el recurso a la violencia legal de la guerra, y así, en febrero de 1998, el ECOMOG, respondiendo a un ataque de las fuerzas de la junta, ocupó Freetown y expulsó al gobierno ilegal. El vacío de poder subsiguiente permitió el retorno del presidente Kabbah y el levantamiento del embargo de armas y petróleo. Fue reforzada la oficina del enviado especial de Naciones Unidas a la que se incorporaron asesores en materia de seguridad.

La intervención directa de Naciones Unidas en Sierra Leona se produjo en junio de 1998, cuando el Consejo de Seguridad creó la Misión de Observadores (UNOMSIL) para un periodo de seis meses. Los equipos de la misión, con apoyo del ECOMOG, intentaron el desarme de los rebeldes y la reestructuración de las fuerzas regulares de país. Informaron asimismo de las violaciones contra los derechos humanos perpetrados por las turbas armadas de la junta derrocada.

A ésta no le quedaba otro remedio que la acción, de forma que la misión no pudo cumplir sus objetivos. La coalición rebelde, que había sido desalojada del poder continuó alzada contra el gobierno desde sus posiciones amparadas en la frontera liberiana. Llegó a dominar la mitad del país y en diciembre de 1998 cercó la capital ocupando algunas de sus zonas suburbanas. Carente de seguridad, la mayor parte del personal de UNOMSIL fue evacuado, manteniéndose en Freetown los equipos del representante de Naciones Unidas y del jefe de los observadores militares. Por fin, en los primeros días de 1999 las tropas de ECOMOG contraatacaron consiguiendo controlar de nuevo la ciudad.

Debilitada la insurgencia, el representante especial, con el respaldo de los gobiernos de África Occidental reanudó los contactos entre Gobierno y rebeldes (mayo de 1999) logrando un acuerdo por el que las partes, una vez más, se comprometían a suspender las hostilidades y a la constitución de un gobierno de unidad nacional. Los signatarios del pacto solicitaron la ampliación de las funciones de UNOMSIL para contribuir a la reconstrucción del país. Con la aprobación de esta petición por parte del Consejo de Seguridad, quedó clausurado el mandato de UNOMSIL y se originó el de UNAMSIL, más ambicioso que el anterior, con 6.000 efectivos militares (incluidos los observadores) y una importante representación civil entre cuerpos policiales y técnicos en diversas especialidades. Posteriores resoluciones han aumentado la fuerza militar de Naciones Unidas hasta un máximo de 17.500 efectivos según resolución de 30 de enero de 2001.

En la actualidad, bajo esa tutela armada, Sierra Leona parece haber encontrado la senda de la pacificación. Según datos de marzo de 2003 (18), la presencia militar de

18 <http://www.un.org/spanish/Depts/dpko/unamsil/facts.html>

Naciones Unidas en el país ha descendido a 14.550 soldados y el número de sus efectivos policiales también lo ha hecho (de 170 a 96). Dos países atlánticos hispanoamericanos son contribuyentes de UNAMSIL con personal militar: Bolivia (19) y Uruguay.

Pese a la situación alcanzada, la cercanía de otros conflictos en la región podría afectar a Sierra Leona, especialmente en cuanto se relaciona con la afluencia de refugiados.

Guinea-Conakry o una falsa tierra de refugio

Regada por el curso alto del Níger, esta antigua colonia francesa se extiende desde Costa de Marfil hasta el Atlántico determinando los límites septentrionales de Sierra Leona y Liberia. Es independiente desde 1958 y como todos sus vecinos posee un rico subsuelo: Guinea-Conakry es el mayor productor de bauxita del mundo, con un 40% de la producción total y unas reservas estimadas en 20 millones de toneladas.

Esto provocó el interés soviético por el país recién emancipado, cuyo primer mandatario, Sékou Touré, de acuerdo con la tendencia hacia el monopartidismo propia del África poscolonial implantó en Guinea-Conakry el primer régimen comunista del continente. Suspendió las relaciones con la antigua metrópolis y se apoyó, política y económicamente, en la Unión Soviética.

Esta relación de dependencia se mantuvo hasta el año 1978. Fracasados los planes desarrollistas realizados en cooperación con Moscú, el presidente guineano reinició las relaciones con Francia y propició la colaboración financiera con países árabes petrolíferos. Esta liberalización económica no pudo impedir la irradiación de los ideales revolucionarios (de los que Sékou Touré había sido valedor) a los países limítrofes. En la misma Guinea nació el Movimiento para la Liberación de Guinea-Conakry, respuesta armada al giro político del presidente Touré. Así, desde los años ochenta, las franjas fronterizas de este país con Liberia y Sierra Leona se convirtieron en zonas de dominio de partidas insurgentes y en regiones de tránsito de refugiados que buscaron acogida en territorio guineano.

19 Ver Nota 9.

El número de personas huidas de Liberia y Sierra Leona que han buscado refugio en Guinea-Conakry asciende a más de un millón, a los que hay que sumar los que han escapado del reciente conflicto de Costa de Marfil. Como siempre ocurre en estos casos, entre los refugiados hay infiltrados de los movimientos guerrilleros, que son también beligerantes contra el régimen guineano y aliados de su movimiento rebelde, lo que es causa de que aquéllos sean objeto de abusos por parte de las fuerzas de seguridad del país a cuya protección pretenden acogerse.

Esta dinámica de cerco a los exiliados no cambió (por el contrario, se ha agravado) tras el derrocamiento de Touré en 1984 por el actual presidente, Lausana Conté, quien:

<Ha incitado con sus acusaciones de que los exiliados albergaban a rebeldes, a las violaciones y asesinatos de expatriados> (20).

El mismo informe (la periodista Pilar Portero es su autora) refiere que:

<El reclutamiento forzoso de niños, la utilización de mujeres como porteadoras de municiones y para aprovisionar bases militares y el robo a los civiles, a pesar de su miseria, por parte de todas las facciones han colocado a los refugiados en una situación tan peligrosa y delirante como si hubieran permanecido en sus tierras.>

La toma de posición de Conté en relación con los conflictos que se desarrollan al otro lado de las fronteras del país, además de un fundamento político (quiere evitar que los vecinos movimientos revolucionarios exporten su ideología a la población guineana), otro de carácter económico: la economía guineana ha experimentado un alarmante retroceso y está necesitada de ayudas e inversiones externas, por lo que le es preciso ofrecer la imagen de un país estable dentro del caos generalizado que impera en la región. La presión sobre los refugiados (con la finalidad de expulsarlos hacia sus países de origen) forma parte de esa estrategia.

Nigeria o un país de desencuentros

20 http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/guinea.html

El país más extenso y más poblado del golfo de Guinea es Nigeria, cuyas reservas petrolíferas ocupan el sexto lugar mundial. Las tres regiones en que se articula su estructura federal, sancionada por la constitución aprobada en 1954 (seis años antes de su independencia efectiva) son consecuencia de una división étnico-religiosa que ha sido siempre obstáculo contra su vertebración nacional.

El norte -la zona hausa- es musulmán radical, con la *sharia* como conjunto de leyes, que choca frecuentemente con el cuerpo legislativo a escala federal. Aunque es la región más pobre, es también la más grande y más poblada de todo el país, circunstancias que le otorgan una influencia en la vida política nacional hacia la que se muestran renuentes las otras dos regiones de la federación. La occidental, musulmana también, pero más moderada, está habitada por la etnia yoruba, muy afecta al sistema social de clanes. Por último, la oriental, donde se encuentran los más ricos yacimientos de petróleo, es cristiana, y su población pertenece a la etnia igbo, la más dinámica e instruida de todo el país y cuyos componentes desde antiguo se habían esparcido por las otras dos regiones a través del comercio, de las actividades industriales y del trabajo profesional.

Desde el primer momento de su vida independiente, la convivencia política entre las tres comunidades ha sido problemática. Su primer presidente fue el norteño Abubakar Tafawa Balewa, del Congreso Popular del Norte (NPC), quien, pese a su política moderada, en 1966 fue depuesto y asesinado por una rebelión capitaneada por oficiales igbos. Comenzó de este modo una larga época de intervencionismo militar que se ha prolongado hasta el año 1997. Dentro de ella tuvo lugar, como consecuencia del declive económico subsiguiente al golpe de estado contra el presidente Balewa, el intento secesionista de la región sureña de Biafra (1967), el cual originó una guerra civil de tres años de duración que produjo decenas de miles de víctimas, bien por operaciones bien por inanición. Intereses foráneos prolongaron la contienda, pues Francia, Portugal y Suráfrica (21) favorecieron al caudillo biafreño, Ojukwu, mientras Gran Bretaña, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la mayoría de los países africanos (y con ellos, la OUA, cuya

21 También España, mediante el envío de armas y otros materiales militares.

doctrina siempre ha defendido la inviolabilidad de las fronteras poscoloniales) apoyaron al Gobierno federal nigeriano. Dicen Oliver y Atmore que:

<La principal víctima política de aquella guerra fue el gobierno civil, que a partir de ahora iba a ser la excepción y no la norma> (22).

El problema nigeriano ha sido el perenne cuestionamiento, por parte de las etnias y credos que conviven en el país, de su integridad nacional. La tensión entre unas y otros ha determinado que el poder militar haya dominado las estructuras del Estado hasta que, en 1997, se pactó entre las diversas comunidades el restablecimiento de la administración civil, que se hizo realidad dos años después. No obstante, la más alta magistratura de la nación sigue en manos de un general, y sus competidores más significativos son colegas suyos, algunos de los cuales han presidido gobiernos durante las etapas dictatoriales.

Los cuatro años de democracia que lleva vividos Nigeria no han pacificado el país. Se calculan más de 10.000 muertos en este período a causa de enfrentamientos por motivos étnicos y religiosos. El Ejército se mantiene afecto al poder constituido, lo que garantiza un cierto orden, si bien hay acusaciones de represiones de desórdenes realizadas por unidades militares en las que las bajas de civiles se cuentan por centenares. En el año 2003 (año electoral), los choques interétnicos se han sucedido produciendo un estado de caos especialmente en la región sureña del delta del Níger, con muy negativas repercusiones económicas. En dicho escenario, la etnia de los itsekiris se enfrenta a los ijaws y urhobos, a quienes acusa de invasores y de perturbar el reparto de los beneficios petroleros. Las desavenencias alcanzaron su punto álgido en marzo del presente año con la muerte de 300 personas e importantes daños materiales, creándose una situación que requirió la enérgica intervención del Ejército. No obstante, facciones armadas han continuado actuando mediante procedimientos guerrilleros contra instalaciones petrolíferas e interrumpiendo los suministros necesarios para el normal funcionamiento de los servicios básicos del país, lo que ha motivado protestas populares. En las fricciones tradicionales entre los grupos humanos que componen la compleja realidad social

22 Roland Oliver y Anthony Armore.- Op. cit. Pág. 369.

nigeriana existe, pues, un trasfondo económico y otro político, ya que las abundantes etnias aspiran a una representación parlamentaria y recurren para ello no a la presentación de un programa sino al atajo que supone el enfrentamiento físico o la acción sabotadora.

No sólo en el delta se producen estos hechos violentos. Las rivalidades tribales existen en la entera extensión de Nigeria aunque los medios de comunicación dan únicamente cuenta de las que se resuelven en choques sangrientos, como el habido hace pocos meses en el noreste del país entre agricultores yugus y pastores fulanis, que con más de 100 víctimas mortales reproduce la vieja imagen africana de las pugnas por el uso del suelo.

En resumen, el problema étnico con sus secuelas de desplazamientos forzados (principalmente hacia las congestionadas Lagos y Warri) y crecimiento de barrios-miseria se sobrepone a la aceptación de la entidad nacional, que parece solamente defendida por el Gobierno central y un Ejército cuya fidelidad a un régimen de partidos tiene una historia que no va más allá de un lustro. No obstante, y pese a tantas disfunciones internas, Nigeria es hoy una democracia formal que se ha implicado en los planes de pacificación regionales, con presencia de sus fuerzas armadas bajo mandato de organizaciones internacionales (ONU, OUA y CEDEAO) en los conflictos de Sierra Leona, República Democrática del Congo, Liberia y Costa de Marfil. Por extensión, población y riquezas naturales, es un líder en el conjunto del occidente subsahariano, que aparenta interés por contribuir a la estabilidad del mosaico estratégico del golfo de Guinea. De cualquier manera, Robert Kaplan no se manifiesta optimista con relación al futuro nigeriano:

“Los niveles de criminalidad, contaminación y superpoblación -sentencia- hacen de Nigeria el cliché por excelencia de la disfunción urbana en el Tercer Mundo, al tiempo que seguirá agotando sus recursos naturales> (23).

Costa de Marfil o el desorden imprevisto

Desde su independencia, lograda en 1960, Costa de Marfil ha sido un país caracterizado por su estabilidad social y un cierto progreso sostenido. Su prosperidad, basada en la exportación del cacao (del que produce el 43% del total mundial) ha atraído a una numerosa población extranjera (sobre todo de Burkina Faso y Sierra Leona) que hoy viene a representar casi la mitad del censo global marfileño. Los altos precios de este producto sostuvieron hasta los años ochenta una situación de bonanza económica -con su reflejo político y social- a la que contribuyeron los residentes franceses (en número de más de 20.000) dedicados al sector privado y a la asistencia al Gobierno. Pero cuando la cotización del cacao bajó, el bienestar del país se contrajo, poniéndose de manifiesto las disfunciones de una economía basada en la monoproducción. Las relaciones políticas internas se deterioraron progresivamente y los europeos, a la vista de una crisis que se anunciaba prolongada, comenzaron a abandonar el país, con lo que la actividad comercial, de la que eran principales dinamizadores, también se retrajo. La deuda nacional se convirtió en carga onerosa y los planes para superar el problema tuvieron que ser necesariamente impopulares. La ruina de la agricultura fue seguida de éxodos a las ciudades costeras, y como los trabajadores del cacao eran en un alto porcentaje extranjeros, vinieron a constituir la mayor proporción de las poblaciones urbanas. (Por ejemplo, en Abidján, la capital, se estima que el 75% de sus habitantes es foráneo).

Toda esta acumulación de problemas precipitó una crisis política que culminó en un golpe de estado dirigido por el general Robert Gueï (24 de diciembre de 1999), quien un año después entregó el poder al actual presidente, Laurent Gbagbo tras unas elecciones celebradas en octubre del 2000.

La nueva Administración civil ha intentado superar la crítica situación que vivía el país, el cual había iniciado el camino del caos: la población autóctona rechazaba a la procedente del exterior, con la que había de disputar las pocas posibilidades de trabajo disponibles y los servicios que podía sostener el estado. Unos y otros se organizaron en defensa de sus intereses, no quedando fuera de estas tendencias las cuestiones tribales, hasta entonces aletargadas. Ya en las cuestionadas elecciones del año 2000 había habido desórdenes que produjeron casi 300 muertos, por lo que el presidente Gbagbo decidió convocar un Foro para la Reconciliación Nacional en el que se reunieron los cuatro dirigentes políticos en conflicto: el propio presidente, su

antecesor Konan Bédié, el general Gueï, que había capitaneado el golpe de 1999 y el antiguo primer ministro Ouattara, excluido de las elecciones de 2000 por “nacionalidad dudosa”, determinación que provocó los enfrentamientos anteriormente citados y que es consecuencia de inclinaciones xenófobas que comienzan a detectarse en las comunidades autóctonas marfileñas. El mismo presidente Gbagbo, según señala Alberto Pérez Moreno:

“Acusó a Burkina Fasso de animar la rebelión despertando con ello la hostilidad popular contra el gran número de nacionales de ese Estado que viven y trabajan en Costa de Marfil> (24).

El Foro terminó con acuerdos esperanzadores. Pero la confrontación había ya superado las buenas intenciones de quienes los firmaron, y mientras el gobierno de Abidján negociaba con las instituciones acreedoras tanto el pago de la deuda marfileña como la obtención de nuevos fondos que ayudasen a salir al país del colapso económico, los desórdenes fueron incrementándose en intensidad y en número desembocando en guerra civil abierta a partir del 19 de septiembre de 2002, cuando la crispación social indujo un alzamiento militar que provocó 270 víctimas mortales entre las que se contaron el general Gueï y el ministro del Interior, Emile Boga.

Esta trágica efemérides precipitó los acontecimientos: el norteño Movimiento Patriótico de Costa de Marfil (MPCM) rompió las hostilidades contra el Ejército, fiel al Gobierno. En el enfrentamiento, latía una confrontación entre la región septentrional, musulmana, y el sur, animista y cristiano, avivada por la promulgación de dos leyes de fuerte repercusión social (la del suelo rural, que afectaba al norte del país, donde se encuentran las mayores explotaciones de cacao, y la de reforma de las Fuerzas Armadas, que lanzaba al desempleo a miles de desmovilizados). Concretados los frentes del conflicto, hubo de intervenir una fuerza expedicionaria combinada franco-norteamericana, que contó con el apoyo de otra desplegada por CEDEAO y constituida por soldados nigerianos y ghaneses.

24 Alberto Pérez Moreno.- *Observatorio Internacional de Conflictos*. Revista Ejército, marzo 2003. Pág. 104.

La misión de estos contingentes era la de imponer la paz y alentar conversaciones que condujesen a aliviar el clima de enfrentamiento. Pero para ello fue ineludible el desarrollo de operaciones militares contra el MPCM y también contra otros dos grupos de reciente aparición: el Movimiento Popular Marfileño del Gran Oeste (MPIGO) y el Movimiento para la Justicia y la Paz (MJP), los cuales, como el primero, eran opuestos al gobierno legal. Hubo entre las fuerzas participantes en el conflicto avances y retrocesos, logrando los rebeldes alcanzar la línea Buaké-Man-Danané, que partía el país en dos mitades. La fuerza francesa aumentó de 1.200 soldados a 2.500 con apoyo de helicópteros de ataque, con lo que se detuvo el avance de los grupos insurrectos, que retrocedieron a sus bases iniciales y aceptaron negociar, iniciándose un proceso con muchos altibajos durante el que se mantenían activos los frentes de combate y las conversaciones a favor de la paz. Estas tuvieron que ser respaldadas por el ministro de Exteriores francés en persona, Hubert de Villepin. El pasado 13 de enero los tres grupos rebeldes firmaban, por fin, el alto el fuego con el Gobierno:

“Resultado visible -en opinión de Pérez Moreno- debido tanto a la labor mediadora del presidente togolés, por mandato de la CEDEAO (...) como por la determinación francesa e internacional de apoyar la legalidad y evitar el deterioro no sólo de Costa de Marfil, que ha sufrido ya más de 500 muertos y miles de desplazados dentro del país, sino de toda la sensible subregión de África occidental> (25).

Costa de Marfil vive una paz tensa, bajo vigilancia armada avalada por Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad aprobó la misión MINUCI el 13 de mayo de 2003. Su economía continúa en estado crítico, agravado por la guerra. Y en lo social se ha despertado un demonio dormido: poblada casi en un 50% por extranjeros y descendientes de extranjeros, sus leyes, ahora restrictivas, tendrán que abrirse para que éstos puedan intervenir en los asuntos públicos del país. Pero, habiéndose manifestado el odio hacia los de fuera, es muy dudoso que las comunidades autóctonas acepten de buen grado la reforma pasado el período de tutela internacional.

Angola o la paz inquietante

De la guerra por la independencia a la guerra civil, ha sido el proceso vivido por Angola desde la década de los sesenta hasta el año 2002, cuando las fuerzas gubernamentales dieron muerte a Jonás Savimbi, el dirigente de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), el grupo que se negó a reconocer los resultados de las elecciones celebradas en 1995, supervisadas por Naciones Unidas y que ganó el partido opositor, el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), de ideología marxista.

Más de cuarenta años de guerra, han dejado a este país, rico en petróleo, uranio y diamantes, en un profundo estado de postración. Si la lucha por la emancipación unió a sus dirigentes contra Portugal, cuando en 1975 se convirtió en país independiente la guerra fría los dividió haciendo inmediato acto de presencia en el escenario angoleño. El MPLA fue apoyado por la Unión Soviética (apoyo en el que participaron contingentes cubanos: Castro pagaba así un impuesto de sangre a su protector), mientras que UNITA y el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) recibieron respaldo de Suráfrica y Estados Unidos.

La lucha entre el MPLA y sus opositores provocó el exilio de centenares de miles de no combatientes cogidos entre dos fuegos, el consecuente abandono de tierras de cultivo y una prolongada crisis alimentaria que hoy día todavía continúa. En diciembre de 1988 se inició la primera misión de Naciones Unidas en el país austroafricano: UNAVEM I, que se prolongó hasta mayo de 1991. Su finalidad fue la supervisión de la retirada de los efectivos cubanos del escenario angolano, la cual fue facilitada por la imposibilidad soviética de mantenerlos: se estaba produciendo el derrumbe del sistema comunista, en Moscú y en todos los frentes que había abierto.

A continuación, y hasta febrero del 95 se desarrolló una segunda misión de Naciones Unidas (UNAVEM II) a lo largo de la cual se acordó un alto el fuego (31 de mayo de 1991) y se firmó en Lusaka (Zambia) un acuerdo político entre las partes que debía concluir con la celebración de elecciones, las cuales dieron el triunfo al MPLA. El Grupo de Savimbi no aceptó los resultados y continuaron las hostilidades, con lo que Naciones Unidas decidió reanudar sus esfuerzos para formalizar la paz mediante una nueva misión, UNAVEM III, que se prolongó hasta junio del año 1997

y a lo largo de la cual se trató de favorecer el entendimiento entre UNITA y el Gobierno para recuperar, sin éxito, lo pactado en Lusaka. A esta misión siguió otra, MONUA, con el mismo objetivo, que terminó en febrero de 1999 sin haberlo alcanzado.

Con el país dividido en dos zonas dominadas, respectivamente, por el Gobierno y los insurrectos (el sur era de estos últimos; el centro y norte, de las fuerzas gubernamentales) la guerra civil continuó con extrema virulencia. Poco a poco la situación fue decantándose a favor de las tropas regulares. El FLNA abandonó las armas y sólo la UNITA de Sawimbi mantuvo las hostilidades cada vez más debilitada y dominando un territorio que se iba empequeñeciendo progresivamente. Esto tenía un efecto económico demoledor para la guerrilla: perdía posibilidades de explotación de diamantes (su fuente de ingresos para sostener la lucha) y de posesión de rutas para alcanzar los centros de comercio clandestinos. El Gobierno por su parte siempre controló la producción petrolera, y además, desde el fracaso de MONUA contó con el apoyo unilateral de Naciones Unidas y el de diversos países (este último materializado en armas y dinero), con lo que pudo lanzar una importante ofensiva estratégica.

El 22 de febrero de 2002 murió en un enfrentamiento Jonás Sawimbi, el carismático dirigente de UNITA, y los acontecimientos se precipitaron en el país, ya exhausto por la guerra: en abril se firmaba la paz mediante la aprobación de un “Memorándum de acuerdo complementario al Protocolo de Lusaka”, el cual, dado que entre los signatarios había un vencedor claro -el Gobierno- y un vencido -la guerrilla- fue aquél quien impuso sus condiciones.

Dueño de la situación, está cumpliendo laxamente los compromisos adquiridos, que también se refieren a combatir la corrupción administrativa y al respeto a los derechos humanos. Y las presiones internacionales que se pueden ejercer sobre el gobierno de José Eduardo dos Santos (en el poder desde 1979) son limitadas por los intereses petroleros, por relaciones comerciales contraídas con anterioridad, por las aspiraciones empresariales a la participación en la reconstrucción del país y por la condición que éste ha adquirido de “potencia regional” participante en las misiones de Naciones Unidas en el conflicto congoleño. Entretanto se calcula que todavía hay 163.000 refugiados angoleños en la República Democrática del Congo, 200.000 en

Zambia, 25.000 en Namibia y 16.000 en la República del Congo, además de decenas de miles de desplazados dentro del territorio nacional²⁶ necesitados de agua y alimentos.

Hay, en fin, un problema en Angola pendiente de solución: la aspiración secesionista del Frente de Liberación del Estado de Cabinda (FLEC), organización que ha constituido un gobierno en el exilio y que sobre la base de argumentos jurídicos e históricos pretende la independencia del antiguo enclave portugués (muy rico en petróleo) territorialmente separado de Angola por la franja que proyecta hasta el Atlántico a la República Democrática del Congo. Según su dirigente, Antonio Luis López, en 1964 la OUA consideró Angola y Cabinda dos territorios coloniales diferentes, para los que solicitó la independencia. Ciertamente, en el Tratado de Berlín (1884) se otorgaba una mínima parte del Congo a Portugal en calidad de protectorado. Así nació el enclave de Cabinda, que por su desproporción superficial en relación con Angola se puso bajo la autoridad del gobernador de esta colonia. Desvinculados de los problemas internos angoleños, los nacionalistas cabindeños persiguen el objetivo de explotar en beneficio de su proyectada independencia la riqueza petrolífera del minúsculo país. Probablemente, sólo fuertes ingerencias externas podrían favorecer esta tendencia centrífuga que no parece encontrar eco en los foros internacionales.

Guinea-Bissau o la razón de la fuerza

Esta antigua colonia portuguesa, de economía basada en la agricultura, es independiente desde 1975, y hasta 1995 no conoció unas elecciones democráticas ganadas por el partido que lideraba Joao Vieira, quien fue proclamado presidente de la república, abriéndose un período de paz social que no había de durar mucho, pues tres años después se iniciaba un conflicto civil entre dos facciones de las fuerzas regulares guineanas.

El desencadenante de la guerra fue la destitución del general Mane, jefe del Estado Mayor del Ejército, acusado de connivencia con el tráfico de armas para apoyar a los insurgentes del senegalés Movimiento de las Fuerzas Democráticas de Casamance

²⁶ http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/angola.html

(MFDC), hoy día operativo y cuyo objetivo es la segregación de la región meridional del Senegal. Tras unos meses de enfrentamientos armados que provocaron cientos de muertos y millares de desplazados, se llegó a un acuerdo de paz que no fue respetado por los militares rebeldes, quienes en mayo de 1999 derrocaron al presidente Vieira, que se exilió en Portugal. El portavoz de la Asamblea Nacional, Bacai Sanha fue investido presidente interino hasta la celebración de nuevas elecciones, convocadas para noviembre del mismo año.

Como consecuencia de la inestabilidad de las fronteras guineanas como consecuencia de los conflictos en Senegal y Guinea-Conakri, el gobierno provisional de Guinea-Bissau solicitó un despliegue de observadores militares a las Naciones Unidas. La misión UNOGBIS era operativa el 25 de junio de 1999 y con independencia de atender la petición formulada al secretario general también favoreció las negociaciones para la reconciliación nacional y preparó la supervisión de las elecciones convocadas.

Ganadas éstas en la segunda vuelta por el Partido Renovación Social, dirigido por Kumba Yala, fue dicho político jurado como presidente en febrero de 2000 por un periodo de cinco años. El Gobierno guineano, necesitado de apoyo internacional para consolidar el sistema democrático y promover una política de reconstrucción y reconciliación nacional solicitó sucesivas ampliaciones de la misión UNOGBIS que fueron atendidas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. La última prórroga tuvo lugar el 1 de febrero del 2002. Pese a un ambiente de aparente calma los militares han mantenido su dinámica conspiradora contra el poder constitucional.

Hay que hacer notar que en Guinea-Bissau siempre ha existido una tensión entre el poder civil y el Ejército, que actúa como un autentico contrapoder aduciendo razones de seguridad fronteriza, de lucha contra la corrupción o adoptando actitudes de defensa gremial, como ocurrió cuando la destitución del general Mane. La población se muestra indiferente a esta confrontación de fuerzas, aunque en caso de conflicto sufre sus consecuencias.

El pasado 14 de septiembre ha tenido lugar el último golpe de Estado en Guinea-Bissau, capitaneado por el general Verissimo Correia. Se desconocen en los momentos en que este texto se escribe cuáles son los motivos en los que los

militares rebeldes apoyan su actitud, aunque, sin duda, alguna relación tiene con la ejecución (diciembre de 2000) del general golpista Mane y con la reciente destitución, por decreto presidencial, de más de veinte jueces de la Corte Suprema guineana, hechos a los que hay que sumar recientes acusaciones de violación de los derechos humanos por parte del gobierno. El presidente Yala se encuentra detenido y los guineanos, según informes de agencias, no denotan inquietud ante una situación que “desde hace tiempo esperaban” (27). Desde el punto de vista de las relaciones con los países vecinos habrá que esperar la repercusión que el derrocamiento de Kumba Yala tiene en el conflicto senegalés. El mandatario guineano se había comprometido a no ofrecer ayuda a los secesionistas de Casamance, procurando un buen entendimiento con las autoridades de Dakar. Lo que se puede afirmar es que en el pequeño país africano, una vez más por la razón de la fuerza combinada sin duda con algunas torpezas presidenciales, ha quedado clausurada una transición democrática que se estaba desarrollando en medio de la ruina económica ocasionada por tanta inestabilidad.

Reflexiones finales

La condición trasfronteriza de África Occidental subsahariana con respecto a los países de América Austroatlántica (y viceversa) es, hoy por hoy, un futurible estratégico cuya materialización no se atisba cercana en el tiempo. La única aproximación a ese ideal está constituida por la Comunidad de Países Lusófonos, dentro de la cual el protagonismo, más que a Portugal corresponde a Brasil, potencia emergente que encabeza un “Segundo Mundo” entre los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo, para los que se ha convertido en referencia dentro de las relaciones internacionales. El “océano Moreno” de Adriano Moreira (28), podría llegar a ser, en la geoestrategia de la gran nación suramericana, un ámbito bajo su influencia potenciador de contactos multidisciplinarios en los que, como último efecto, habría que tener en cuenta los relacionados con la defensa (29).

27 El Mundo, 14 de septiembre de 2003.

28 Ver Nota 1.

29 Estudios estratégicos norteamericanos ven a Brasil como aliado natural e ideal de Washington en el Atlántico sur, donde su papel en dicho espacio debería ser semejante al de la potencia norteamericana en el Atlántico norte.

Entre los países del Atlántico Norte, hay un sólido entramado de intereses comunes (políticos, culturales, científicos, económicos) que los estructura y que han servido de base para formalizar un sistema de seguridad compartida. Esta situación no se produce en el Atlántico Sur, donde existen coyunturas desemejantes que no propician los contactos interoceánicos. Como ha quedado de manifiesto en este estudio, los países africanos del arco guineano padecen graves trastornos internos con todos los componentes que caracterizan a los conflictos prolongados y confusos. Muchos de ellos están interrelacionados y sus soluciones dependen de amplios y complejos acuerdos regionales en los que se halla implicada la comunidad internacional. En la mayoría de los casos hay que proceder a una total reconstrucción social y del Estado, para lo que la premisa esencial es la reconciliación nacional, la cual exige la recuperación y reinstalación de las poblaciones exiliadas, la asunción de responsabilidades criminales y la superación de odios seculares. En estos países, por lo tanto, el camino hacia la paz es tortuoso y estará lleno de trágicas incidencias. La necesidad de su vertebración interna requerirá que sus energías se apliquen hacia la materialización de una política interior fiable para las propias comunidades, para sus posibles clientes o fiadores y para la comunidad internacional. En consecuencia, su apertura al exterior, en términos de geoestrategia, es un objetivo que, ligado a intereses compartidos en el ámbito de la vecindad, todavía está lejano.

Los países de la orilla americana tienen dados unos cuantos pasos en esa positiva dirección: su realidad como naciones es un hecho incuestionable, generador de una básica estabilidad social; desde el punto de vista racial son diversos sin que esto constituya circunstancia desintegradora; sus sistemas jurídicos y políticos son compatibles con los que rigen en lo que llamamos “mundo evolucionado”, facilitando las relaciones con éste; sus economías, aunque inestables y problemáticas, aceptan, en general, los planteamientos liberales de sus clientes e inversores. La creación de Mercado Común del Sur (Mercosur), pese a sus disfunciones, es un proyecto a mantener y a potenciar como órgano integrador de un conjunto de naciones con enormes posibilidades y capacidad de influencia en el marco de las relaciones internacionales. Todos los países iberoamericanos del Atlántico Sur han padecido traumas con dramáticas repercusiones en sus políticas internas. Entre otros, los ensayos revolucionarios dinamizados por partidas armadas; las respuestas

militares que se les opusieron, con ocupación violenta de los poderes públicos; los vaivenes económicos, inducidos desde fuera o favorecidos desde dentro, provocadores de desconfianza tanto interna como externa; las subsiguientes -empobrecedoras- fugas de capital y de población; la corrupción administrativa, que, en muchos casos, ha pasado de ser coyuntural para convertirse en estructural; la falta de proyectos políticos coherentes por parte de quienes alcanzan el poder; y las inercias estatalizadoras frutos de ideologías propias de tiempos ya superados.

Pese a todos esos problemas (algunos aún presentes) ese mundo americano va avanzando hacia lo que entendemos por “modernidad”. Y hay países, Brasil sobre todo, que no ocultan su celo por desempeñar un papel destacado en la política internacional. En general, las Fuerzas Armadas iberoamericanas han aceptado su cometido como instrumentos de la política de estado y desarrollan misiones bajo mandato internacional, lo que influye en la formación de sus cuadros y en la asunción de valores cosmopolitas.

A las diferencias entre estas dos regiones atlánticas fronteras, hay que añadir la que se deriva de sus capacidades productivas, no complementarias. Por consiguiente, su interrelación -sin duda deseable- no pasa en los momentos actuales de ser un ente de razón.

No obstante, existen realidades que permiten vaticinar relaciones futuras y consensos a favor del mutuo apoyo contra terceros. Las organizaciones regionales africanas, entes vivos con vocación de permanencia, habrán de aglutinar elementos de interés común de los países que las integran.

La CEDEAO funciona desde 1977 y a ella pertenecen 15 miembros de la región entre los que se encuentran los que se asoman a la costa guineana desde Guinea-Bissau hasta Nigeria. Su marco de actuación no sólo se refiere a las cuestiones económicas, sino que también se extiende a los problemas políticos y de defensa en cooperación con la OUA y con Naciones Unidas.

La Comunidad de Estados del África Central (ECCAS) se creó en 1983. De composición más heterogénea que la anterior (mayor dispersión geográfica), entre sus 11 socios se cuentan algunos del occidente austral africano, como Angola,

Gabón, Guinea Ecuatorial, Camerún, Congo-Brazzaville, Santo Tomé y Príncipe y República Democrática del Congo.

La Comunidad de Desarrollo de África Meridional (SADC) nació en 1979 y agrupa en la actualidad a 14 miembros, entre ellos la República Sudafricana, Namibia (estos dos forman parte, además, de la Unión Aduanera del África Austral), Angola y la República Democrática del Congo.

Cabe asimismo destacar la existencia de entidades financieras regionales, como la Comunidad Económica y Monetaria del África Central y el banco de los Estados de África Central y la de la propia Unidad Africana, entidad continental que ha sustituido (julio de 2002) a la OUA.

El funcionariado -numeroso- de todos estos organismos está constituido por personas de alta cualificación, cosmopolitas, formadas en centros internacionales, conocedoras tanto de la realidad africana como de sus relaciones (existentes y posibles) con el resto del mundo. El ghanés Kofi Annan, actual secretario general de Naciones Unidas responde a este retrato, extrapolable a muchos hombres y mujeres africanos que componen una esperanzadora generación de dirigentes futuros.

Los organismos citados tienen hoy día un funcionamiento forzosamente ligado a los muchos problemas internos de la región, y en consecuencia no pueden proyectar una actividad creativa hacia las relaciones intercontinentales. En todo caso, éstas se sujetan a las clásicas de dependencia con respecto a entidades financieras y países acreedores. Y, sin embargo, como región productora de materias primas esenciales, al igual que la trasatlántica americana, podría colaborar en el diseño de una estrategia común frente a los poderosos consumidores del Primer Mundo.

Si para ello hace falta un líder, Brasil se ha propuesto y ha ejercido como tal en la reciente reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) celebrada en Cancún (México) y concluida sin acuerdos entre países ricos y pobres. Pero el frente que ha logrado formalizar con China, India, Sudafrica y Argentina (estos dos últimos países, bañados por el “océano Moreno”) ha causado sorpresa a los socios del mundo desarrollado, que deberán extraer consecuencias de los planteamientos de esa vanguardia a la que se han sumado otras dieciocho naciones en vías de desarrollo, entre las que cabe destacar a México, Chile, Pakistán, Egipto y Turquía.

Prácticamente, toda Hispanoamérica está dentro de ese Grupo de los 23 y también algunos países de Extremo Oriente. La más importante conclusión que se puede obtener de la V Conferencia de la OMC es que han quedado nítidamente definidas dos trincheras de intereses comerciales (Norte *versus* Sur) que serán muy sólidas en el futuro, aunque la del mundo desarrollado, tarde o temprano y por presiones internas, tendrá que retroceder. La delegación brasileña ha presentado (apoyadas en razonables y contundentes argumentos) unas propuestas agrícolas liberalizadoras en materia de exportación (la agricultura se convirtió en el tema central de la Conferencia) que chocaban contra las políticas subvencionadoras y arancelarias europeas y norteamericanas. Naturalmente, a sus tesis se adhirieron todos los países cuyo sector económico básico es la agricultura, y pese a que sus planteamientos no han tenido reflejo en el texto final de la Conferencia, como contrapartida tampoco han sido admitidas las reclamaciones del Primer Mundo en los asuntos de su interés. Las organizaciones no gubernamentales y los movimientos antiglobalización, presentes dentro o fuera de la sede de la reunión se encargarán de impregnar a la opinión de las razones que asisten a los países pobres en sus proposiciones agrícolas.

En esta pugna de intereses hay que destacar la concordancia Brasil-Argentina-Suráfrica, como elemento potenciador de un entendimiento entre los países del Atlántico sur. A las inmensas potencialidades de éstos dentro del sector económico extractivo (pendiente, desde luego, de una explotación más racional), se añade el hecho de que comienzan a contar con negociadores hábiles y competentes que defienden eficazmente sus planteamientos en los foros internacionales. Los bloques económicos existentes en ambas regiones fronteras pueden facilitar la convergencia de intereses aliviando las actuales situaciones de dependencia de los países que los constituyen. Y podrán, en consecuencia, participar en la definición de unas relaciones internacionales más justas, fundamentadas en el respeto entre cuantos en ellas participan.

Ciertamente, no estamos cerca de esa conjunción interatlántica. Los límites del espacio marítimo del Atlántico Sur son, efectivamente, fronteros porque así lo establece la ciencia geográfica. Pero falta la voluntad para que en esa amplia extensión del planeta se comparta una multiforme vocación de influencia en el

concierto de las naciones. Esencial obstáculo en esa ruta es la situación de conflictividad generalizada que viven los países del occidente meridional africano.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Batista, Juan.- *La prevención de conflictos*. Revista Ejército, Madrid, abril, 2002.

Benjumea, Ricardo.- *Paradojas del subdesarrollo*. Diario ABC, Alfa y Omega, separata, 10-7-2003.

Howard, Michael.- *Las causas de las guerras y otros ensayos*. Madrid, 1987.

Kaplan, Robert.- *La anarquía que viene*. Barcelona, 2000.

Moreira, Adriano.- *Atlántico sul o Océano Moreno*. Actas de las V Jornadas de Estudios Luso Españoles. Universidad a Distancia. Mérida, 1993.

Oliver, Ronald y Atmore, Anthony.- *Africa desde 1800*. Madrid, 1997.

Pérez Moreno, Alberto.- *Observatorio Internacional de conflictos*. Revista Ejército, Madrid, marzo, 2003.

Reverte, Javier.- *Vagabundo en Africa*. Madrid, 1998.

Varios autores.- *El estado del mundo, 2003*. Madrid, 2002.

PAGINAS WEB. CONSULTADAS.

http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/angola.html

http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/congo.html

http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/guinea.html

http://www.elmundo.es/documentos/2003/04/guerras_olvidadas/liberia.html

<http://www.un.org/spanish/Depts/dpko/unamsil/facts.html>